

eso, porque no os alzárais con ello, y os atribuyérais á vos algo. Anda Dios á escoger gente humilde, gente que no se atribuya nada á sí, y por eso quiere hacer cosas grandes.

Cuentan los sagrados Evangelistas que, viniendo de predicar los Apóstoles, viendo Cristo nuestro Redentor el fruto y maravillas grandes que habian hecho, se regocijó en su espíritu, y comenzó á glorificar y dar gracias á su Padre eterno: *In ipsa hora exultavit in Spiritu Sancto, et dixit: Confiteor tibi Pater Domine Cæli, et terræ, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis: ita Pater, quoniam sic fuit placitum ante te.* Luc. x, v. 21; Matth. xi, v. 25. Gracias te doy, Padre eterno, Señor del cielo y la tierra, que escondistes estas cosas á los sábios y prudentes del mundo, y las revelaste y comunicaste á los pequeñuelos, y por ellos quieres hacer tantas maravillas y milagros. Bendito y alabado seais, Señor, para siempre, porque os ha placido hacerlo así. ¡Oh dichosos los pequeñuelos! dichosos los humildes, los que no se atribuyen nada á sí, porque esos son los que levanta Dios nuestro Señor: esos son por quien hace las maravillas, á esos toma él por instrumento para hacer grandes cosas, grandes conversiones, y grande fruto en las almas! por eso nadie desconfie, nadie desanime: *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum.*

Luc. xii, v. 32. No quieras temer, manada pequeña, no desmayes ni te desanimas, Compañía mínima de Jesús, por verte pequeñuela y la mas mínima de todas; porque le ha placido á vuestro Padre celestial de franquearos las almas y los corazones de los hombres. Yo seré con vosotros, dijo Cristo nuestro Redentor á nuestro Padre san Ignacio, l. 2 de su vida, c. 12, cuando se le apareció yendo á Roma: *Ego vobis Romæ propitius ero:* Yo os ayudaré, yo seré en vuestra compañía. Y por este milagro y aparición maravillosa se le dió á esta Religión este nombre y apellido de Compañía de Jesús, para que entendamos, que no somos llamados á la Compañía y Orden de Ignacio, sino á la Compañía de Jesús, y tengamos por cierto que Jesús será siempre en nuestra ayuda como él se lo prometió á nuestro santo Padre, y que á él tenemos por caudillo y capitán, y así no nos cansemos ni desmayemos en esta empresa tan grande de ayudar á las almas á que Dios nos ha llamado.

CAPÍTULO V.

Del primer grado de humildad, que es tenerse uno en poco, y sentir bajamente de sí mismo.

San Laurencio Justiniano dice, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad, sino el que ha recibido de Dios ser humilde: es

cosa muy difícil de conocer. En ninguna cosa se engaña tanto el hombre, dice este Santo, como en conocer la verdadera humildad. ¿Pensais que consiste en decir que soy un miserable, y que soy un soberbio? Si en eso consistiera, bien fácil cosa fuera, todos fuéramos humildes; porque todos andamos diciendo de nosotros que somos unos tales y unos cuales: plegue al Señor que lo sintamos así, y que no lo digamos solamente en la boca por cumplimiento. ¿Pensais que consiste la humildad en traer vestidos viles y despreciados, ó en andar en oficios bajos y humildes? No consiste en eso, porque ahí puede haber tambien mucha soberbia, y desear uno ser tenido y estimado por eso, y tenerse por mejor y mas humilde que otros, que es la fina soberbia. Verdad es que ayudan mucho estas cosas exteriores á la verdadera humildad, si se toman como deben, como adelante diremos, c. 22 et seq.; pero al fin no consiste en eso la humildad. Dice san Jerónimo, epist. 27: *Mul-ti humilitatis umbram, veritatem pauci sectantur:* Muchos siguen la sombra y apariencia de humildad: fácil cosa es traer la cabeza inclinada, los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces, y á cada paso llamarse miserables y pecadores; pero si á esos los tocais con una palabra, aunque sea muy liviana, luego veréis cuán léjos están de la verdadera humildad: *Auferantur omnia figmenta*

verborum, cessent simulati gestus, verum humilem patientia ostendit: Cesen todas las palabras fingidas, vayan fuera todas esas hipocresias y exterioridades, que el verdadero humilde en la paciencia y sufrimiento se echa de ver: esa, dice san Jerónimo, es la piedra de toque donde se conoce la verdadera humildad.

San Bernardo descende mas en particular á declarar en qué consiste esta virtud, y pone su definicion: *Humilitas est virtus, qua homo verissima sui agnitione sibi ipsi vilescit* (1): La humildad es una virtud con la cual el hombre, considerando y viendo sus defectos y miserias, se tiene en poco á sí mismo; no está la humildad en palabras ni en cosas exteriores, sino en lo íntimo del corazón, en un sentir bajo de sí mismo, en tenerse en poco y en desear ser tenido de los otros en baja reputacion, que nace de un profundísimo conocimiento propio.

Para declarar y desmenuzar mas esto, ponen los Santos muchos grados de humildad. El bienaventurado san Benito, á quien sigue santo Tomás (2) y otros Santos, pone doce grados. San Anselmo (3) pone siete. San Buenaventura (4) los reduce á tres: y esto seguiremos ahora por causa de mas brevedad, y para que recogiendo la doctrina á menos puntos, la tengamos mas de-

(1) Bernard. tract. de gradib. humilit.

(2) S. Thom. 2, 2, q. 161, art. 6.

(3) Anselm. lib. de similitudinib.

(4) Bonav. proces. 6 Relig. cap. 22.

lante de los ojos para ponerla por obra. El primer grado de humildad, dice san Buenaventura, es que se tenga uno á sí mismo en poco, y sienta bajamente de sí; y el medio único y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprenden la definición de la humildad de san Bernardo, y así solo comprende este primer grado. La humildad es una virtud con la cual el hombre se tiene en poco á sí mismo. Ved ahí lo primero: y esto hace, dice san Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí, y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razón; pero nosotros, como reducimos todos los grados á tres, con san Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno á sí mismo en poco; y al conocimiento propio ponémosle por medio único y necesario para alcanzar ese grado de humildad; pero en la sustancia todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad, y tenernos en lo que somos: porque ¿cómo habeis de tener á uno en lo que es, si no le conoceis? No puede ser: es menester que primero conozcais quién es, y así le tendréis y honraréis como á tal: así es menester que primero os conozcais quién sois, y despues teneos en lo que sois, que para esto licencia te-

neis; porque si os teneis en lo que sois, seréis bien humilde, porque os tendréis en muy poco. Pero si os quereis tener en mas de lo que sois, eso es soberbia. Dice san Isidoro, lib. Ethimol.: *Superbus dictus est, quia super vult videri, quam est*: Por eso se llama uno soberbio, porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es, y en mas de lo que es: y esta es una de las razones que dan algunos, de amar Dios tanto á la humildad, porque es muy amigo de la verdad: y la humildad es verdad, y la soberbia y presuncion es mentira y engaño; porque no sois vos lo que pensais ni lo que quereis que los otros piensen que sois. Pues si quereis andar en verdad y en humildad, teneos en lo que sois. Por cierto que no parece que pedimos mucho en pedirnos que os tengais en lo que sois, y que no os querais tener en mas; porque no es razón que nadie se tenga en mas de lo que es, antes seria grande engaño, y muy peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es.

CAPÍTULO VI.

Del propio conocimiento, que es la raíz y el medio único y necesario para la humildad.

Comencemos á cavar y ahondar en lo que somos, y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que así descubramos este riquísimo tesoro. *Drach-*

ma perit, dice san Jerónimo ad Rusticum, et tamen invenitur in stercore. Entre ese estiércol de vuestra bajeza y de vuestros pecados y miserias hallaréis esta margarita preciosa de la humildad. Comencemos del ser corporal, sea esa la primera azadonada. Dice san Bernardo, in formul. honestæ vitæ: *Ista tria semper mente habeas, quid fuisti? quid es? quid eris?* Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: ¿qué fuiste? ¿qué eres? ¿qué serás? *Quid fuisti? quia sperna fetidum: Quid es? quia vas stercorum: Quid eris? quia esca vermium.* Ten siempre delante de los ojos lo que fuiste antes de tu generacion; que es una materia hedionda y súa que no se puede decir. Qué eres ahora; que eres un vaso de estiércol. Qué serás de aquí á poco; que serás manjar de gusanos. Bien tenemos aquí que meditar, y en que ahondar. Dice bien Inocencio papa (1): *O vilis conditionis humanæ indignitas! O indigna vilitatis humanæ conditio! Herbas, et arbores investiga, illæ de se producant flores, et frondes, et fructus, et tu de te lendes, et pediculos, et lumbricos.* ¡Oh condicion baja y vil de la naturaleza humana! Mira los árboles, las yerbas del campo, y hallarás que ellas producen y echan de sí flores, hojas y frutos muy buenos; y el hombre produce y cria de sí mil sabandijas: *Illæ de se effundunt oleum, vinum, et balsamum, et tu de te sputum, uri-*

nam, et stercus: illæ de se spirant suavitatis odorem, et tu de te reddis abominationem fetoris: Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo, y echan de sí un olor muy suave; y el hombre echa de sí mil inmundicias, y un hedor abominable, que pone asco pensar en ello, cuanto mas decirlo. Al fin: *Qualis arbor, talis fructus, non enim potest arbor mala fructus bonos facere*: Cual es el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar fruto bueno. Con mucha razón por cierto, y con mucha propiedad, comparan los Santos al cuerpo humano á un muladar cubierto de nieve, que por defuera parece blanco, y dentro está lleno de inmundicias y suciedades.

Dice el bienaventurado san Bernardo, c. 3 Meditat.: *Si diligenter consideres, quid per os et nares, cæterosque corporis meatus egrediatur, vilis sterquilinum, numquam vidisti*: Si os poneis á considerar lo que echais por los ojos, oídos, boca y narices, y por los demás albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales cosas eche de sí. ¡Oh! qué bien dijo el santo Job: ¿Qué es el hombre, sino un poco de podre y un manantial de gusanos? *Putredini dixi, pater meus es: mater mea, et soror mea, vermibus.* Job, xvii, v. 14. Á la podre dije: tú eres mi padre; la semejanza que hay de podre á padre, esa y mas hay de nosotros á la podre; y á los gusanos dije: vosotros sois mi madre y mis hermanos: eso es el hombre, un ma-

(1) Innocent. Papa, lib. 8 de contemptu mundi.

nancial de podre y un costal de gusanos. Pues ¿de qué nos ensoberbecemos? *Quid superbis terra, et cinis?* Eccles. x, v. 9. De aquí á lo menos no tenemos de que nos ensoberbecer, sino harto de que nos humillar y tener en poco. Y así dice san Gregorio : *Custos humilitatis est recordatio propriae feditatis*: La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad. Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Pasemos adelante, cavemos y ahondemos un poco mas, demos otra azadonada. Mirad quién érais antes que Dios os criase, y hallaréis que érais nada, y que no podíais vos salir de aquellas tinieblas del no ser, sino que Dios por su bondad y misericordia os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas, dándoos el verdadero y real ser que teneis. De manera que cuanto es de nuestra parte somos nada, y así nos habemos de tener por iguales de nuestra parte á las cosas que no son, y atribuir á Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice san Pablo : *Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit*. Ad Galat. 6, v. 3. Si alguno piensa que es algo, engañase, que nada es. Gran mina se nos descubre aquí para enriquecernos de humildad.

Y aun hay mas en esto : que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos ; no es como

cuando el oficial hizo la casa, que despues de edificada la dejó, y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo : no es así en nosotros, sino que despues de criados tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida, para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos, para siendo nada, alcanzar el ser. Él nos está siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa, para que no caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó. Y así dice David, Psalm. cxxxviii, v. 8: *Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam*: Vos, Señor, me hicisteis y pusisteis vuestra mano sobre mí. Esa vuestra mano, Señor, que teneis puesta sobre mí, me tiene en pié y me conserva, para que no me torne á volver en la nada que antes era. Estamos siempre tan colgados y pendientes de esta manutención de Dios, que si esta nos faltase y nos soltase de su mano un solo momento, en el mismo punto faltaríamos nosotros, y dejaríamos de ser, y nos volveríamos en nuestra nada, como en escondiéndose el sol falta la luz en la tierra. Por eso dice la Escritura divina : *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo: et quasi nihilum, et inane reputatae sunt ei*. Isai. xl, v. 17. Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen ; y como nada y vanidad son reputadas delante de él. Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso, que somos nada ; pero creo que lo decimos sola-

CAPÍTULO VII.

De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideracion de sus pecados.

Pasemos adelante, y cavemos y ahondemos mas en nuestro propio conocimiento. Demos otra azadonada. ¿Pues hay mas que ahondar? ¿Hay mas hondo que la nada? Sí, aun harto mas. ¿Qué? El pecado que vos añadisteis. ¡Oh qué cosa tan honda! Muy mas hondo es eso que la nada ; porque peor es el pecado, que el no ser : mejor fuera no ser, que haber pecado ; y así dijo Cristo nuestro Redentor de Judas, porque le habia de vender : *Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille* (1) : Mas le valiera no haber nacido. No hay lugar tan bajo, ni tan apartado ni despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es (2), como el hombre que está en pecado mortal, desheredado del cielo, enemigo de Dios, sentenciado al infierno para siempre jamás. Y aunque ahora, por la bondad del Señor, no tengais conciencia de pecado mortal ; pero así como para conocer nuestra nada nos acordábamos del tiempo que no teníamos ser, así para conocer mas nuestra bajeza y miseria nos habemos de acordar del tiempo en que estábamos en pecado. Mirad en cuán miserable estado está-

(1) Matth. xxvi, 24.

(2) Cap. præc.

bais cuando delante los ojos de Dios estábais feo y desagradable, y enemigo suyo, hijo de ira, obligado á los fuegos eternos; y despreciaos y bajaos en el mas profundo lugar que pudiéreis muy de espacio, que seguramente podeis creer que, por mucho que os desprecieis y humilleis, no podréis abajar ni llegar al abismo del desprecio que merece el que ofendió al infinito bien, que es Dios. No tiene suelo este negocio: es un abismo profundísimo é infinito; porque hasta que veamos en el cielo cuán bueno es Dios, no podemos del todo conocer cuán malo sea el pecado, que es contra Dios, y cuánto mal merece quien le comete.

Oh si anduviésemos en esta consideración, y cavásemos y ahondásemos en esta mina de nuestros pecados y miserias! ¡cuán humildes seríamos, cuán en poco nos tendríamos, y cuán bien recibiríamos el ser despreciados y desestimados! Quien ha sido traidor á Dios, ¿qué desprecios no abrazará por amor de él? Quien trocó á Dios por un antojo y apetito suyo y por un deleite de un momento, quien ofendió á su Criador y Señor, y merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué afrentas no recibiría de buena voluntad en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? *Priusquam humiliarer ego deliqui: propterea eloquium tuum custodivi*, dice el profeta David, Psal-

mo CXVIII, v. 67. Antes que me viese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo habia hecho por qué, ya yo habia delinquido, y por eso callo, y no me oso quejar, porque todo es mucho menos de lo que habia de ser, conforme á mis culpas. No me habeis castigado, Señor, como yo merecía. Que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado que hubiésemos hecho. ¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece que es razon que sea tenido en poco el que tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador merece que de aquí adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en pena de su grande atrevimiento?

Y hay en esto otra cosa particular, que aunque podemos confiar en la misericordia de Dios, que nos ha perdonado ya nuestros pecados, pero al fin no tenemos certidumbre de ello: *Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit*. Eccles. ix, v. 1. No sabe el hombre, dice el Sábio, si le ama Dios ó le aborrece. Y san Pablo decia: *Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum*. I ad Cor. iv, v. 4. No me remuerde la conciencia de pecado; mas no por eso sé si estoy justificado. Y ¡ay de mí si no lo estoy, que aunque soy religioso, y aunque convierta á otros, poco me aprovechará! *Si linguis hominum loquar, et Angelo-*

rum, charitatem autem non habeam, nihil sum. I ad Cor. XIII. Aunque hablé con lenguas de Ángeles, dice san Pablo, aunque tenga don de profecía, y sepa todas las ciencias, aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, si no tengo caridad, nada soy, y nada me aprovechará. ¡Ay de vos si no teneis caridad y gracia de Dios, que nada sois, y menos que nada! Gran medio es para andar uno humillado, y sentir siempre bajamente de sí, y tenerse en poco, no saber si está en gracia ó si está en pecado. Sé cierto que ofendí á Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado; ¿quién se atreverá á levantar cabeza? ¿Quién con esto no andará confundido y humillado debajo de la tierra? Por esto dice san Gregorio que nos escondió Dios la gracia: *Ut unam gratiam certam habeamus, scilicet, humilitatem*: Aunque parece penoso este temor é incertidumbre en que Dios nos dejó, que no sepamos de cierto si estamos en su amistad ó no; empero fue merced y misericordia suya, porque nos es esto muy provechoso para alcanzar la humildad, para conservarla, para no despreciar á nadie, por muchos pecados que haya hecho. ¡Oh que aquel aunque haya hecho mas pecados que yo, estará ya perdonado y en gracia de Dios, y yo no sé si lo estoy! Sirve de espuelas para bien obrar, y no nos descuidar, sino andar con temor y humildad delante de Dios, y pidiéndole perdon y mise-

ricordia, como nos lo aconseja el Sábio: *Beatus homo, qui semper est pavidus; et de propitiato peccato non li esse sine metu*. Prov. xxviii, v. 14, et Eccli. v, v. 5. Bienaventurado el varon que siempre anda con temor. Muy eficaz es esta consideracion de los pecados para tenernos en poco, y andar siempre humildes y debajo de la tierra, y mucho hay que cavar y ahondar en ella.

Pues si nos parásemos á considerar los efectos y daños que causó en nosotros el pecado original, ¡cuán copiosa y abundante materia hallaríamos para humillarnos y tenernos en poco! ¡Cuán estragada quedó la naturaleza por el pecado! Que así como una piedra con el peso es inclinada á ir hácia abajo, así por la corrupcion del pecado original tenemos una vivísima inclinacion á las cosas de nuestra carne, honra y provecho: estamos vivísimos á las cosas terrenales que nos tocan, y muy muertos para el gusto de las cosas espirituales y divinas: manda en nosotros lo que habia de obedecer, y obedece lo que habia de mandar. Y finalmente estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias, y corazon encorvados hácia la tierra: *Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud?* Jerem. c. xvii, v. 9. ¿Quién podrá conocer la malicia del corazon humano? Quanto mas caváreis en esa pared, se descubrirán mayores abominaciones, como le fue mostrado en figu-

ra á Ezequiel. Pues si nos ponemos á pensar nuestras culpas presentes, hallarémonos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. ¡Cuán fáciles somos en la lengua, cuán descuidados en la guarda del corazón, cuán inconstantes en los buenos propósitos, cuán amigos de nuestro propio interés y regalo, cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos, cuán llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juicio, cuán vivas tenemos todavía nuestras pasiones, cuán enteras nuestras malas inclinaciones, y cuán fácilmente nos dejamos llevar de ellas! Dice muy bien san Gregorio, l. 11 Mor. c. 24, sobre aquellas palabras de Job, XIII, v. 25: *Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam*: Que con mucha razón se compara el hombre á la hoja del árbol; porque así como esta se trueca y vuelve con cada viento; así el hombre se vuelve y muda con el viento de las tentaciones: unas veces le turba la ira, otras la vanagloria; otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambición, otras el de la lujuria; unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y así dijo también Isaias, LXIV, v. 6: *Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos*: Como las hojas de los árboles son combatidas y caen con los vientos, así nosotros somos combatidos y derribados con las tentaciones: no te-

nemos estabilidad ni firmeza en la virtud ni en los buenos propósitos. Bien tenemos de que confundirnos y humillarnos. Y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas, si bien las consideramos y examinamos, hallaremos harta ocasión y materia para humillarnos, por las faltas é imperfecciones que comunemente mezclamos en ellas, conforme á aquello del mismo Profeta: *Facti sumus ut immundus omnes nos, et quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae*. Isai. LXIV, v. 6. De lo cual dijimos, l p. trat. 3, c. 6, en otra parte, y así no será menester alargar mas aquí.

CAPÍTULO VIII.

Como nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar.

Es tan grande nuestra miseria, y tenemos tanto de que humillarnos, y lo experimentamos nosotros tanto, que mas parece que tenemos necesidad de ser animados y esforzados, para que no desmayemos y desconfiemos viendo en nosotros tantas faltas é imperfecciones, que exhortados al conocimiento de esto. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos y maestros de la vida espiritual nos enseñan, que de tal manera habemos de cavar y ahondar en el conoci-

miento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos ahí; porque no venga el ánimo en desconfianza y desesperacion, viendo en sí tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos, sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios, y pongamos en él toda nuestra confianza. Así como dice san Pablo que la tristeza por haber pecado no ha de ser tanta que cause descaecimiento y desesperacion: *Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est*, I ad Cor. II, v. 7; sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdón, poniendo los ojos en la misericordia de Dios, y no parando en solo la consideración del pecado, y de su fealdad y gravedad: así dicen que no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos, sino que habemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo ni en qué estribar, y poner luego los ojos en Dios, y confiar en él, y de esa manera no solo no quedarémos desmayados, sino antes mas animados y esforzados; porque lo que sirve para desmayar mirando á vos, sirve para esforzar mirando á Dios: y mientras mas conociéreis vuestra flaqueza, y mas desconfiáreis de vos, mirando á Dios, estribando y poniendo en él to-

da vuestra confianza, quedaréis mas fuerte y mas esforzado para todo.

Empero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia: que así como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; así tampoco habemos de parar ahí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos, y en nuestra flaqueza y miseria; porque si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presuncion y soberbia; porque vendríamos á asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, y raíz y principio de grandes y temerosas caídas. ¡Oh cuántos muy espirituales y que parecia que se levantaban hasta el cielo en el ejercicio de la oracion y contemplacion se han despeñado por aquí! ¡Oh cuántos que verdaderamente eran santos y grandes santos han venido por aquí á dar miserables caídas, porque se olvidaron de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibían de Dios! Andaban muy confiados, y como si